

BX/751

.A1

W4

v.2

ES PROPIEDAD



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

TIPOGRAFÍA DEL EDITOR, BARCELONA

PARTE SEGUNDA

FIN Y MARCHA DEL HOMBRE COMPLETO

(continuación)

CONFERENCIA XII

DEBERES SOCIALES

1. Desprecio que sienten por el hombre la filosofía y la historia natural. ¿Por qué se han lanzado tan violentas acusaciones al Cristianismo?—Si no me prohibiera la doctrina del Cristianismo hacer el mal para que de él salga el bien, ⁽¹⁾ no desearía mejor remedio para el que padece la enfermedad de presunción personal, que el estudio de las obras de gran número de filósofos antiguos y de nuestros naturalistas modernos. Aprendería así á no tener tan alta idea de sí mismo. ¡Si no hubiese más que el peligro de aprender á despreciar la dignidad del prójimo! ¡Menos mal si sólo nos viéramos tentados á ver un animal en nosotros mismos y en cada uno de los hombres! Según el sofista Critias, que fué uno de los treinta tiranos, y según los cínicos, «los hombres son por naturaleza semejantes á los animales sin leyes y sin gobierno; un rebaño sin matrimonio, sin hogar, sin Dios y sin costumbres. Sólo se encontró el medio de someterlos, cuando una cabeza mejor organizada y más astuta que los otros inventó la doctrina de un Dios y de un castigo». ⁽²⁾ «El estado natural, dice Espinosa, no es la paz sino la guerra, no es la edad de oro de los antiguos, sino un caos salvaje de pasiones que luchan jun-

(1) Romanos, III, 8.

(2) Brandis, *Gesch. der Entwicklungen der griech. Philosophie*, I, 214 y sig. Zeller, *Philosophie der Griechen*, (2) II, I, 232; (4) I, 10, 11.

008073

tas». ⁽¹⁾ «Por naturaleza, cada uno tiene el derecho de hacer todo lo que puede». ⁽²⁾ «Por eso, en lo que se llama estado de la naturaleza, nada hay que sea injusto, nada que sea pecado, porque pecado es todo lo que hace el hombre sin derecho á ello; así es que en el estado de la naturaleza es justo todo lo que puede hacer el hombre». ⁽³⁾ «Sin duda ninguna que todo eso debió de conducirle á una lucha perpetua, y reducirle al estado de impotencia mayor que se puede imaginar. Debía suceder en el hombre lo que sucede entre los peces, que se devoran los unos á los otros, haciendo los grandes uso de su derecho natural, engulléndose á los pequeños». ⁽⁴⁾ Así, pues, concluye Hobbes, «es recto todo lo que está en nuestro poder, ó que se nos inspira como dirigido á nuestra propia utilidad. La astucia y la violencia son dos virtudes fundamentales; no existen ni lo mío ni lo tuyo; tal es la vida del hombre. El peligro y el miedo de una muerte violenta, la guerra de todos contra todos, existencia solitaria, ruin y animal». ⁽⁵⁾ Y á principios tan repugnantes no sabe oponer Kant otra cosa que *sí y amén*. ⁽⁶⁾ Tales son las enseñanzas de los filósofos respecto del hombre, de las bases y de los principios de la sociedad humana.

Examinemos ahora las doctrinas de los naturalistas más modernos, y seremos testigos de escenas que nos causarán mayor horror todavía. Si damos fe á sus relatos, vemos que los hombres primitivos se alimentaban de bellotas, habitaban en los árboles ó en cuevas como en fortalezas inaccesibles, luchaban con las hienas y con los osos, para robarles algunos restos de su comida, ó en la lucha por la existencia, se defendían contra sus semejantes con mazas

(1) Espinosa, *Tract. polit.*, 1, 5; 2, 15.

(2) *Íd.*, *íd.*, 2, 4, 5, 8, 18.

(3) *Íd.*, *íd.*, 1, 18.

(4) K. Fischer, *Geschichte der neuern Philosophie*, I, II, (2, 1865), 396, 399, 400, 401, 408. Erdmann, *Geschichte der neuern Philosophie*, I, II, Anhang p. XLVII-IL.

(5) Lechler, *Geschichte des englischen Deismus*, 79.

(6) Kant, *Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft*, 3, St. 1, Abth. II.

y con piedras. «Los hombres, dice Darwin, tenían grandes colmillos, de que se servían como de armas formidables; de la espesura de sus bosques, el hombre cuando tenía necesidad de una bestia de carga, se precipitaba sobre la mujer indefensa, la golpeaba en la cabeza y en el pecho, hasta que, chorreando sangre y privada de conocimiento, se dejaba arrastrar de los cabellos á la gruta que habitaba él en medio de las selvas». ⁽¹⁾ «Para él no hay vicio ni virtud; no hay más que el instinto, la inclinación imperiosa y necesaria». ⁽²⁾ Poco á poco fueron reuniéndose los hombres en familias, acosados por la necesidad de la reproducción y de los cuidados mutuos. Más tarde, para protegerse y repartirse más cómodamente el trabajo, se reunieron en rebaños y en enjambres, llevando á la cabeza un animal jefe que los dirigía. En fin, para responder á la necesidad de ayudarse mutuamente y de dar libre curso á sus instintos artísticos, formaron el Estado. Imaginaron un medio para comprenderse: el lenguaje, esta vieja máquina bárbara, que, según las despreciativas expresiones empleadas por Tylor, no puede conducir á nada satisfactorio, sino con eternos remedios y perpetuas mejoras. ⁽³⁾ Hasta entonces estuvo obligado el hombre á vivir sin lenguaje, con sonidos confusos, superando á las demás criaturas sólo por su gran destreza de manos y por su grandioso genio de imitación. «Pero aun desde esta época, dice Bastián, la muerte de los padres ó de las personas que le servían de estorbo por su avanzada edad, no sólo le será permitida mucho tiempo todavía como fruto del desarrollo normal de su espíritu, sino que le será mandada». ⁽⁴⁾ En efecto, tiene razón Gaspari, cuando dice: «¡Cuánto valor se necesita para mirar de frente ⁽⁵⁾ hechos tan crudos y tan irritantes! expresiones con que designa estas afirmaciones, que presenta

(1) Lubbock, *Entstehung der Civilisation*, deutsch von Passow, Iena, 1875, 86 y sig. Bastian, *Der Mensch in der Geschichte*, III, 258.

(2) Bastian, *l. c.*

(3) Horacio, *Sat.*, 1, 3, 99. Tylor, *Anfänge der Cultur*, I, 237.

(4) Bastian, *l. c.* III, 262-282.

(5) Gaspari, *Urgesch.*, (1) I, 81, 103 y sig., 131, 135, 144, 167, 221 y sig.

con aire de sólida y firme convicción». ⁽¹⁾ Sea como sea, es necesario haber renunciado á todo sentimiento de delicadeza y de honor humano, para complacerse en invenciones tan horribles como éstas.

Á pesar de esto, hombres de semejante temple, olvidando lo que acaban de decir, tienen la osadía de provocar en este terreno al Cristianismo, diciéndole: «La naturaleza ordena al hombre que sea sociable, que ame á sus semejantes y que viva según las leyes de la justicia; le manda que sea pacífico, que haga el bien, que procure complacer á sus compañeros. Pero la religión le aconseja que huya de la sociedad, que aborrezca á las criaturas, que por amor de su Dios corte los lazos más sagrados. Le impone la obligación de martirizar, de perseguir, de atormentar y de condenar á muerte á los que no quieren sometersele». ⁽²⁾ Casi nos sentiríamos tentados de asombrarnos al ver tales contradicciones casi en una sola palabra, si no nos enseñara la experiencia que los más celosos propagadores son con frecuencia los que más motivos tienen para ser llevados al banquillo de los acusados. Pero lo que debe maravillarnos más es ver la impunidad con que dirigen sus ataques contra la fe cristiana; mas vemos aquí las cosas en su verdadera realidad. Gracias á la apostasía de los principios cristianos, existe realmente en todo el mundo lo que se llama estado de naturaleza, sufriendo no poco los hombres como consecuencia de semejante defección. En esta guerra de todos contra todos, les falta alguien en quien poder vengarse. De ahí viene el ardid de los enemigos del Cristianismo, haciéndole responsable de los males de la presente situación. Saben muy bien que cuando las masas están descontentas, no presentan largos argumentos, sino que desencadenan siempre su cólera sobre lo que se les pone delante como testafarro.

2. En la antigüedad, no tenía valor el hombre sino

(1) Gaspari, *íd.*, I, 131.

(2) *Sistema de la naturaleza*, 1, 2, ch. 9, *apd.* Valsecchi. *La religión en triunfo*, 1776, I, 182 y sig.

con relación al Todo, y no como individuo. La idea de humanidad entre los griegos y el cosmopolitismo estoico.—Por esta vez, hay que buscar los culpables entre los que formulan las quejas más amargas contra el Cristianismo. Digámoslo en pocas palabras y sin miedo: no es otro el culpable que la humanidad entera, infiel á los principios de la divina Revelación. Además, desde este punto de vista, ha renegado también de la naturaleza, separándose de Dios. «No hay criatura, dice San Agustín, que, según su naturaleza, sea llamada á vivir en sociedad mejor que el hombre, y no hay ninguna que en su conducta sea más hostil á toda sociedad». ⁽¹⁾ Fehaciente prueba de lo que decimos es toda la historia de la antigüedad. No se cansan los antiguos filósofos de describirnos al hombre como ser social; y sin embargo, aparecen como burla amarga de esas palabras las barreras que levanta un hombre contra otro hombre, una ciudad contra otra ciudad y un pueblo contra otro pueblo. Y así debía ser. Considerado como persona, el hombre no tenía valor alguno en la Edad Antigua. ⁽²⁾ Ya hemos visto que esa idea es conquista del Cristianismo. No tenía valor, sino como miembro de un Estado determinado y limitado. ⁽³⁾ Por eso, según afirma Cicerón, en los tiempos más rudos de la antigüedad, todo extranjero era considerado como «enemigo»; ⁽⁴⁾ al menos como «bárbaro» en las épocas posteriores ya civilizadas. Aun en los Estados más humanos, en las ciudades de Esparta y de Cartago, famosas por sus janelasias, no tenía derechos el extranjero. ⁽⁵⁾ Sólo en Judea, cuyas fronteras estaban tan cuidadosamente cerradas para evitar la mezcla con los extranjeros, á los extraños que residían en el país se les trataba como á hermanos. ⁽⁶⁾

(1) S. Agustín, *Civ. Dei*, 12, 27, 1.

(2) Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, 280 y sig.

(3) Rein, in *Pauly's Realencyclopædie der classischen Alterthumswissenschaft*, V, 1331.

(4) Cicerón, *Off.*, 1, 12, 37.

(5) Baumstark bei *Pauly*, III, 1519 y sig.

(6) III, Mos., XXIV, 21; Cfr. II, Mos., XXII, 21; V Mos., X, 19.

Bien mirado, el desprecio por el extranjero no era otra cosa en el fondo que la aplicación lógica de lo que querían designar los antiguos con las palabras «ser social». En sentido más libre y más lato, la comprenden evidentemente los doctores cristianos que la toman constantemente de Aristóteles y de Cicerón. Y mientras que, bajo la influencia de las ideas cristianas, consideran los primeros como instinto de socialidad y de amistad la inclinación del hombre á acercarse á su prójimo, la consideraban los antiguos como algo diferente, como violencia que tenía por fin la formación del Estado. ⁽¹⁾ «Falto de socorros, privado de independencia personal, está el hombre, dice Aristóteles, más sometido que las abejas á la necesidad de la naturaleza que le fuerza á juntarse al todo; porque no puede tener valor moral legítimo, sino cuando ha llegado á ser parte del Estado». Tales eran las antiguas doctrinas con respecto á la sociedad.

Para dar más luz, al menos aquí, á la antigüedad, se habla mucho de la idea humanitaria de los griegos, que fué particular y poderosamente favorecida por las conquistas de Alejandro. Más importancia se da todavía al Cosmopolitismo de los estoicos, que fueron los primeros en hablar claramente de libertad, de igualdad y de fraternidad universal. Hasta se manifiestan deseos de considerar la idea del Cristianismo, que ha vencido al mundo, la idea de catolicidad, como fruto maduro que aquellos árboles dejaron caer en el seno de éste. Sin embargo, examinada de cerca la tan cacareada filantropía griega, no es otra cosa que la mezquina justicia que da lo que debe al que quiere hacer valer su derecho, y que da también al que no tiene estricto derecho, cuando no se le exigen demasiados sacrificios, y sobre todo, cuando espera verse largamente recompensada. ⁽²⁾ Quien sentía correr por sus venas una gota de sangre griega ó romana, no podía pensar en la igualdad efectiva entre todos los hombres, entre los griegos y los

(1) Pfeiderer, *Moral und Relig.*, 2; cfr. Baumstark, *l. c.*

(2) Nægelsbach, *Nachhomer. Theol.*, 261 y sig.

bárbaros. Y aunque emplean semejantes palabras los últimos estoicos, Epicteto y Marco Aurelio, no corresponden los hechos á tales palabras, que revelan gran cantidad de rebajamiento en el espíritu antiguo. Á primera vista podría tener muy considerable importancia la máxima del antiguo Pórtico, que: «el sabio suprime toda distinción entre romanos y bárbaros, entre hombres libres y esclavos». Pero se la puede tomar en dos sentidos. Ó bien es rebajamiento de la filosofía, y significa entonces que la sabiduría no es de adquisición difícil, sino que finalmente, pueden adquirirla una mujer del mercado y un pastor tracio, y codearse con el griego, como lo comprendió Epicuro; ó bien, según el pensamiento de los estoicos, es la exaltación grandemente orgullosa de la sabiduría personal. «Es tan grande, quieren decir, la filosofía estoica, que sólo un corto número de hombres puede elevarse hasta ella; por eso es infinito el número de los tontos, y tan corto el número de los sabios, siendo tan sorprendente, que el esclavo bárbaro, que abraza la sabiduría del Pórtico, tiene más valor que mil griegos atacados de demencia. ⁽¹⁾ Es evidente que semejante cosmopolitismo lo es todo menos humanidad; pues es desprecio intencional del hombre, fundado en presunción sin límites. ¿Cuál fué la consecuencia? No había habido hasta aquí caridad universal, porque extraño é indigno de la vida social, era considerado como enemigo el que no pertenecía á la misma sangre y á la misma lengua; pero había al menos, cierta inclinación hacia los compatriotas y hacia los descendientes del mismo tronco. En verdad que este estrecho patriotismo de los antiguos, es indicio de moral muy grosera y de gran barbarie. ⁽²⁾ Sin embargo, es un lazo por el cual pueden unirse en un todo y ayudarse mutuamente los individuos. Y he aquí que la orgullosa aristocracia de la filosofía de la razón fué como el entusiasmo humanitario que se desarrolló después entre los griegos, rechazó hasta el último motivo fundamen-

(1) Cfr. Brandis, *Gesch. der Entwickl. der griech. Phil.*, II, 156.

(2) Humboldt, *Reise in die Äquinoczialgegenden*, IV, 16 y sig.

tal de la caridad para con algunos habitantes de la misma patria. Así, pues, desaparecen para los individuos, con los límites naturales que habían conservado el amor á la patria, los últimos lazos de la homogenidad, en una época en que cuanto más privada de satisfacciones está la vida y cuanto más raro se hace el sentimiento de la comunidad y de sus obligaciones, ⁽¹⁾ tanto más se ocupan en el Estado y en sus leyes. De ahí viene que se trate de fijar en su lugar límites arbitrarios, límites que se crea uno mismo, límites con los cuales se espera desterrar mejor el descontento que originaba el orden existente. Pero todo aquello era una aberración completa con respecto á las obligaciones hacia la humanidad: puede llamársele muy bien Cosmopolitismo, porque es en verdad la negación de la patria, el aislamiento de todos los ciudadanos para poder librarse de todo peso incómodo impuesto por la vida común. Sí, es cierto, la idea de Estado y la de patriotismo, tal cual la concibieron los antiguos, no era sino estrechez de corazón é inhumanidad. Pero, comparada con esa humanidad falsa inficionada de cosmopolitismo, tal cual existía en los tiempos antiguos, y tal cual se la encuentra en los tiempos modernos, es todavía noble y digna de estimación.

3. Estrechez del corazón é inhumanidad del patriotismo antiguo. Imposible era el amor del prójimo.

—Somos los últimos en negar nuestra admiración á los grandes sacrificios y á las acciones heroicas que engendró el patriotismo de los antiguos. Aceptamos con gusto que tuvo su origen en una convicción sincera; pero la verdad se impone, y debemos decir que, si fué el amor propio el germen de la virtud antigua, el mismo dió también origen al amor á la patria. ⁽²⁾ Aun hoy mismo nos encontramos no pocas veces con un hecho parecido. Sin él, no daría margen tan frecuentemente ese patriotismo á orgullo tan inflexible, y á tan injusto desprecio por los extranjeros.

(1) Brandis, *Handb. der Gesch. der griech.-röm. Phil.* III, I, 355.

(2) Wietersheim, *Geschichte der Völkerwanderung*, (1), I, 29.

Sin embargo, en otro tiempo se presentaba el caso con más vivos colores que hoy, y no podía ser de otro modo; porque cuanto más se limita la iniciativa personal, tanto más convencido de su poder queda el individuo, cuando forma parte del gran Todo respetado y fuerte, y lo mismo sucede con los espíritus enérgicos, libres é independientes; tienen la virtud de comunicar al Todo á que pertenece el orgullo que se permiten ya frente á frente de sí mismos, iluminados por los resplandores que se destacan del Todo. Por eso la existencia del Estado descansaba generalmente entre los antiguos en el egoísmo nacional, ⁽¹⁾ tomando de él toda su fuerza; pudiéndose decir de su patriotismo que, en su pobreza de humanidad, fué ante todo el mayor obstáculo que se oponía á la aproximación social de los hombres. «El cosmopolitismo, dice Nægelsbach, es opuesto completamente al espíritu griego». ⁽²⁾ Y no sólo no es griego el cosmopolitismo, pero ni siquiera es romano; es en general enteramente incompatible con la idea del Estado, tal cual se la formaron los antiguos. El sentimiento político tiranizaba al sentimiento humano.

La vida, la sangre, la propiedad del individuo y de todos, pertenecían al Estado. El hombre no tenía ni existencia como ser capaz de estar sometido al derecho, ni valor con relación á los demás, sino por el derecho civil de que gozaba, no pasando el tal derecho los límites del Estado á que pertenecía. ⁽³⁾ Debía ser el hombre á los ojos del Estado nada más que una nulidad, no teniendo ni defensa ni protección, y lo que es más, ni derecho ni recursos contra sus celosas divinidades, ni valor á los ojos del Estado; y si quería adquirir alguna importancia, debía estar dispuesto á hacer al Estado el más completo sacrificio de sí mismo. Colocado frente á frente de sus semejantes, no podía atribuirse más valor que el que por sí mismo poseía, esto es, ninguno. Y si la reacción ante tamaña injusticia

(1) Champagny, *Los Césares*, (5) I, 329.

(2) Nægelsbach, *Nachomer. Theol.*, 298.

(3) Vachsmuth, *Europäische Sittengeschichte*, I, 105.